

CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA GENERAL 2.015

AUTORA: MARIA DOLORES GARCIA PASTOR

ANTROPOZOONOSIS

El pequeño pez naranja se movió inquieto entre sus dedos buscando con desesperación el agua. La pecera de plástico, colocada bajo el grifo abierto, se llenaba mientras el pequeño animal se movía alrededor del chorro como poseído por una sinuosa danza. Sintió ganas de cogerlo de nuevo pero temió hacerle daño. Lo había sostenido entre las manos un fugaz segundo, apenas el tiempo de pasarlo desde el recipiente en el que lo había depositado para limpiar la pecera. Luego lo dejó ir, como si formara parte de un ritual. Se sentía magnánima devolviéndole la libertad, cuidando de que no le faltara nada, preservando su vida. Dependía de ella, como casi todo en la casa.

Le gustaba la sensación que le producía el movimiento del pez en la palma de las manos. El tener que apretar sin dañar para que no escapara exigía pericia y delicadeza: era necesario hallar el punto medio exacto entre ejercer demasiada presión y dañarlo o poca y dejarlo caer contra la pila de la cocina dañándolo igualmente. Pero lo que más le gustaba, con diferencia, era el breve instante en el que el pequeño vertebrado acuático resbalaba por sus manos buscando el agua, escapando de sus dedos para volver a la ilusoria libertad de su líquida prisión.

Secó la base de la pecera con un paño de algodón y la llevó al comedor. La colocó sobre el mueble, al lado del delfín de cristal de Murano que habían comprado cuando estuvieron de viaje de novios en Venecia. Pasó un dedo por la madera de cerezo para comprobar, asqueada, que volvía a estar llena de polvo. Qué ingrato el trabajo del ama de casa, pensó. Qué efímero y poco agradecido el esfuerzo que le suponía estar las veinticuatro horas del día atendiendo a los demás y manteniendo limpia y en orden la casa.

¿Pero de qué se quejaba? Era muy afortunada. Su marido la quería, aunque con un amor que a veces la oprimía como la hiedra al ciprés. Era muy trabajador, como no se cansaba de repetirle su madre. Salía de casa temprano y volvía cuando los niños ya estaban en la cama, lo que se suele decir de sol a sol. Gracias a eso, como él se encargaba de recordarle cada vez que le decía que apenas pasaba tiempo con ella y los niños, no les faltaba de nada. También gracias a eso ella había podido dejar de trabajar cuando se quedó embarazada, porque no les hacía falta, había dicho él. Nadie le había preguntado porque se daba por hecho que prefería quedarse en casa cuidando del bebé, y ella tampoco había dicho nada.

Nunca regresó a su puesto tras la baja maternal, aunque el trabajo le gustaba. Para lo que te pagan, le había dicho su suegra. Entonces aun tenía muchos sueños y, según decían, posibilidades de poder alcanzarlos; pensó que podían esperar. Pedro dijo que con su sueldo no hacía falta que fuera a trabajar, el niño con los abuelos o en la guardería y la casa abandonada. Tampoco esta vez ella dijo nada y sus deseos quedaron sepultados bajo una losa de silencio. Quizás cuando el niño creciera un poco.

Pasó tres años en casa con Pablo hasta que empezó a ir al colegio. En ese tiempo vivió los mejores momentos de su vida, pero también los más horribles. El niño la absorbía. Sola entre pañales sucios, apocalípticas rabieta e inevitables chichones, aderezados por los sabios consejos de todas las mujeres de la familia que se empeñaban en instruirla y darle consejos aunque no los pidiera, se le fueron muriendo los sueños. Se sentía culpable solo de pensar en dejar al niño con otros, no quería ser una mala madre. Podía llevarlo a la guardería pero si se lo había llegado a plantear alguna vez rápidamente le habían quitado la idea de la cabeza. ¿Qué necesidad había de sacarlo de casa temprano por la mañana y arriesgarse a que cogiera de todo? Al fin y al cabo las guarderías son nidos de gérmenes bacterias y microbios, con tanta baba y tanto moco.

Pero como no hay mal que cien años dure, ni resignada ama de casa que lo resista, la condena llegó a su fin. Septiembre brillaba en el horizonte como un paladín justiciero de reluciente armadura que la rescataría de su

oscura prisión en el torreón más elevado y solitario del castillo. El niño empezó a ir a la escuela. Las primeras semanas de vuelta a su recuperada libertad eran un espacio desconocido por el que transitar y, aunque le parecían ajenas, no tardó demasiado en hacerlas suyas.

Enseguida ideó un plan para encontrar trabajo. Significaba tener que empezar desde cero, tres años de inactividad eran demasiados. Pero no le importaba, sentía que tenía toda la vida por delante. Hizo algunas llamadas y envió algunos currículos, diario en mano siempre abierto por la sección de ofertas de trabajo. Estaba ilusionada como un niño que cree en las hadas aunque la alegría se le agriaba pensando en el momento en que tendría que decírselo a Pedro, a su suegra, a su madre...

Estuvo unos meses llamando a puertas, de aquí para allá, en secreto, como una esposa adúltera. Le mostraba su desvalido currículo de escasas líneas a todo aquel que pudiera interesarle, incluso si no les interesaba lo más mínimo. Vivía el espejismo a escondidas de todo el mundo, como un cazador furtivo. Hasta que por fin le salió un trabajo de media jornada mal pagado. El dinero no era importante al principio, había que entrar en la rueda. Lo demás vendría con el tiempo.

Pero lo demás no vino. Ni siquiera su desleal menstruación: no había pasado ni medio año desde que Pablo empezara el colegio y ya volvía a estar embarazada. Se hizo hasta cuatro pruebas de embarazo antes de decírselo a nadie. Pasó un montón de semanas mirando inquisitivamente el ruso de sus bragas para ver si finalmente se manchaba de sangre pero nada, la maldición bíblica no apareció, y con su ausencia se acabaron las esperanzas.

De nuevo la decisión la tomaron los demás. Se había estado planteando la posibilidad de abortar pero no se atrevió ni a mencionarlo. Otra vez sus labios permanecieron sellados mientras los otros daban por hecho cosas y tomaban decisiones que le pertenecían. Y así se sucedieron los días hasta que Paula fue al cole casi cuatro años después. Y esa segunda vez ya no le quedaron ganas para volver a intentarlo. Estaba cansada, muy cansada. Se sentía mayor y le pesaba la desilusión.

Volvió a pasar la mano por el mueble, mecánicamente, arrastrando las yemas de los dedos por la superficie lisa. La luz que entraba por la ventana del comedor parecía convertirse en polvo de oro. Pero el polvo de oro acababa posándose sobre todas las superficies de la casa y daba cobijo a ácaros y otras inmundicias. Espejismos, crueles espejismos, su vida estaba llena de ellos. Miró el tapizado de las sillas que lucía un color caldera que nada tenía que ver con el beige original. Manchas y pegotes proliferaban como las pecas en la piel de un pelirrojo. Debería pasarles un paño con amoníaco. Otra vez tocaba hacer limpieza a fondo. Siempre tocaba hacer limpieza a fondo.

Se preguntó por qué a Pedro nunca se le pasaba por la cabeza que esas cosas tenían que hacerse. Se le llenaba la boca diciendo que él ayudaba en casa, pero su ayuda no iba más allá de pasarse por la tienda si faltaba algo o mover las patatas de la tortilla para que no se pegaran en la sartén mientras ella bañaba a los niños. Poco más.

— Menudo egoísta— murmuró.

— ¿Y qué te esperabas? — dijo una voz

Por un momento pensó que se estaba volviendo loca.

— Ya era así cuando le conociste. ¿De verdad creías que iba a cambiar? Eres una ilusa, querida, los milagros no existen.

Los vapores de la lejía y el amoníaco la hacían alucinar. Dio una vuelta en redondo mirando a un lado y a otro de la habitación buscando de dónde demonios había salido aquella voz. Silencio. El corazón le dio un vuelvo y un vacío le empezó a nacer en las entrañas al pensar que no había superado su última depresión. Recordó de pronto haber leído en algún sitio que el siguiente paso de la enfermedad era oír voces. Empezaba a preocuparse.

— Aquí, Isabel, estoy aquí — la llamó.

Siguió mirando a todas partes con los ojos muy abiertos mientras se llevaba las manos a la cabeza para comprobar si se le había movido de sitio.

— Aquí, mujer. ¿No me ves? Me acabas de poner en la pecera.

Isabel se quedó helada. El cuerpo no le respondía. Definitivamente se estaba volviendo loca, como una cabra. Parpadeó un par de veces y se restregó los ojos. Respiró hondo y se frotó las palmas de las manos una contra la otra. Le sudaban. Estaba nerviosa. Caminó hacia la pecera y se inclinó un poco sobre ella para mirar en el interior.

— ¿Perdona? — dijo sintiéndose un poco ridícula.

— Digo que qué esperabas de Pedro, él siempre ha sido muy “tradicional”, por decirlo suavemente. Aunque yo siempre he pensado que es un poco manta y tiene una cara muy dura con respecto a todo lo que se refiere a la casa o a los niños, en realidad con todo lo que no tenga que ver con él.

Coño, pensó Isabel, el pez habla. Mientras, el animalillo seguía con su perorata.

— Perdona que sea tan clara, pero es que ya hace muchos años que lo conoces. ¿Pensabas que cambiaría? Chica, eres más inocente de lo que imaginaba.

— ¿Moby?

— Y esa es otra de las cosas que llevo tiempo queriendo decirte: vaya mierda de nombre que me habéis puesto. Moby Dick. Estupendo para una ballena blanca pero es que yo soy un pez naranja y el cachondeo sobraba, la verdad. Ya tengo bastante con que tu hija me meta cochinadas en la pecera y tu hijo intente cogerme cada vez que te descuidas como para encima tener que aguantar eso.

— Perdona, pero no tenía ni idea.

— Deja de pedir disculpas, Isabel, hija mía. Tú no has hecho nada de eso. Ya basta de pedir perdón por lo que hacen los demás. El nombre fue cosa de tu marido, por si se te olvidaba.

No, no se le olvidaba. Habían llegado dos pececillos a casa hacía unos años por el cumpleaños de Paula. Orca y Moby Dick, así los había bautizado Pedro. Los niños habían aceptado aquellos nombres a regañadientes y

después de muchas discusiones y no pocos llantos de la niña. Ella quería ponerles Jelou y Kitty y su hermano optaba por Batman y Spiderman. Pero el padre utilizó todos sus argumentos para convencerlos y, finalmente, acabaron llamándose como él quería, pese a ser el regalo de Paula, pese a ser él un adulto. Estaba decidido; sin concesiones.

— En fin, Isabel, que me parece que no vas bien por la vida con esa actitud— sentenció aquel ser diminuto que no daría ni para una barrita de pescado.

Isabel se pasó la mañana charlando con ella. Aunque mejor sería decir que se la pasó escuchándola porque el animal era un orador de primera y ella seguía intentando recuperarse del susto. No fue capaz de abrir la boca más que para negar o asentir. Las horas se le pasaron sin darse cuenta, embelesada con el bailoteo acuático del pez y sus sabias palabras. No arregló la casa. No hizo la comida. No fue a comprar. Interrumpió la charla apenas unos minutos antes de salir a buscar a los niños al colegio a toda prisa.

Al llegar a casa Moby estaba en su pecera, muda como de costumbre. Isabel pensó que había tenido una alucinación. Tal vez debería dejar de tomarse su vasito de whisky todas las mañanas. Le ayudaba a llevar mejor el día y no le hacía ningún mal, al menos no se lo había hecho nunca hasta ese momento. Mientras los niños veían los dibujos en la tele, Isabel vació en el fregadero las dos botellas del licor escocés que había en el mueble bar. No le contó a nadie lo ocurrido. Pedro se iba a reír de ella en su cara. Así es que se calló, aunque no perdió de vista en toda la noche a la escurridiza charlatana por si le dedicaba algún gesto de complicidad o volvía a emitir algún sonido. No lo hizo.

A la mañana siguiente, en cuanto todos se hubieron marchado de casa, Isabel se plantó frente a la pecera y se quedó mirando fijamente al pequeño animal. Moby no abría la boca más que para coger agua y volverla a soltar, pero ni una palabra. Estuvo así varias horas sin perderla de vista, pero ni mu. No dijo nada en toda la mañana, ni al día siguiente ni al otro ni al otro. Isabel se sentía morir. Algo le estaba pasando. Algo grave, no le cabía la menor duda,

llevaba varios días mirando fijamente una pecera sin hacer otra cosa y había oído hablar a un pez. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo?

Transcurrida una semana desde su primera conversación con la mascota de los niños, Isabel no pudo más y se dispuso a plantarle cara a sus temores. Delante de la pecera con los brazos en jarras decidió cantarle las cuarenta al maldito animal.

— Ya está bien — le dijo — ¿piensas volver a abrir la boca para hablar o tienes suficiente con boquear como si fueras mema? ¿Me has oído, rata de los mares? Te exijo que hables. ¡¡Habla ya!!

Nada. El pez estaba mudo. Probablemente siempre lo había estado. Sin embargo, Isabel no se resignaba a saberse demente. Así que jugó su última carta, la de la extorsión.

— Óyeme bien, bicho resbaladizo, o me vuelves a hablar o te tiro por el retrete.

La amenaza quedó flotando en el aire como el olor de los guisos, apenas unos segundos. Empezaba a sentir miedo pero no se resignaba a darse por vencida, eso nunca. Así que tomó la pecera de encima del mueble del comedor y se dirigió con ella hacia el baño. La dejó sobre la tapa del bidet para abrir la del wáter, resuelta a zanjar el asunto aunque fuera de malos modos.

— ¡Espera un momento! ¿Te has vuelto loca? ¿Qué pretendes hacer? — dijo una voz asustada.

— Por fin das la cara, pequeña miserable.

— ¿Pero qué pretendes? ¿Hubieras sido capaz de tirarme por el urinario? ¿En serio? ¿Hubieras sido capaz? Ese mal genio lo deberías sacar con otros no conmigo que soy tu amiga.

— ¿Y tú? ¿Tú hubieras dejado que creyera que estoy loca si no llego a amenazarte? ¿Hubieras sido capaz? Menuda amiga.

— Mira, Isabel, tenemos que hablar. Pero antes cierra esa tapa y llévame de vuelta al comedor.

Después de unos segundos de tensión Isabel le hizo caso. Una vez en el comedor, sentada en el sofá con el pez al lado, tuvo la certeza de que se le había aflojado algún tornillo. Se preparó un té y a punto estuvo de ofrecerle otro a Moby, pero lo consideró excesivo. Volvieron a charlar. Esta vez ya no fue un monólogo acuático sino una conversación en toda regla. Y de nuevo se le fue la mañana sin hacer nada más que conversar con el pez.

Siguieron pasando los días monótonos e intrascendentes. Pedro con su trabajo. Los niños con el colegio y su aventura de crecer. Isabel de conversaciones con el pez. Y la casa manga por hombro. Nunca los cristales habían estado tan sucios ni las cortinas habían tenido un color tan indefinido. Jamás le había faltado a Pablo su camiseta de fútbol o a Paula su kimono de kárate porque ella se hubiera olvidado de lavarlos, pero jamás empezó a tener sus fisuras y hasta las camisas blancas de Pedro se quedaron sin planchar.

Parecía que el perfecto universo de ropa planchada y limpia con aroma a suavizante de violetas de los Fernández se estaba viniendo abajo. Pero, curiosamente, la señora Fernández se estaba viniendo arriba con cada comida que no hacía o cada prenda de ropa que no planchaba, con cada día que no hacía la compra o con cada cita importante que no recordaba. Había dejado de llamar a su madre y a su suegra, no iba a las reuniones del colegio y ponía una excusa cuando la tutora de sus hijos la llamaba.

Y mientras cundía la alarma general en la familia, Isabel, señora de Fernández, era feliz. Pero su marido no estaba dispuesto a permitir tantos desmanes. Habían acordado que él saldría a trabajar y ella se quedaría cuidando de la casa y los hijos. Uno de los dos no estaba cumpliendo el pacto.

— ¿Habíamos acordado? ¿Quiénes? ¿Tú? ¿Nuestras madres y tú? ¿Los niños y tú? En todo caso a mí nadie me ha preguntado nunca si me parecía bien.

— No estás cumpliendo con tus obligaciones de madre — continuó él como si no la hubiera oído. — Y tu falta de compromiso y tu irresponsabilidad nos está afectando a todos.

— Hasta ahora vuestra falta de miramientos me afectaba solo a mí, claro, y solo ahora que te pica empiezas a rascarte.

— Esto tiene que cambiar — añadió Pedro en la misma tónica, sin escuchar lo que ella tenía que decirle. — Si no volvemos a lo de antes inmediatamente tendré que tomar medidas.

Su actitud dictatorial dejó perpleja a Isabel. Empezaba a darse cuenta de que estaba ante un verdadero desconocido. No se dejó amedrentar por lo que le había dicho pero, aún así, volvió cabizbaja a sus quehaceres de ama de casa. Con todo, la cosa ya no tenía marcha atrás. Había notado que le estaban empezando a salir escamas por todo el cuerpo, miles de pequeñas lamas aplanadas por toda la piel. Resultaban difíciles de ver, eran casi imperceptibles si no las tocabas, pero cada vez tenía más. También había empezado a pasarse medio día metida en remojo en la bañera y el otro medio boqueando porque le faltaba el aire. De hecho, si lo pensaba, se daba cuenta de que el aire le faltaba desde mucho tiempo atrás, pero ahora era algo más que una metáfora.

Isabel se fue volviendo fría y traslúcida a una velocidad de muchos nudos. Su piel brillaba cubierta de escamas y unas branquias le cercenaban el cuello por encima de las clavículas. Aunque eran más que evidentes nadie las había notado, en parte por los estampados pañuelos con que las cubría y en parte porque rara vez alguien reparaba en ella más que cuando se salía de su sitio. Moby le había contagiado sus ansias de libertad y su espíritu rebelde. Pero no le había contagiado solamente eso.

Una mañana cuando Isabel se acercó a la pecera, Moby flotaba en la superficie. Isabel la tomó en sus manos por última vez y la enterró en la maceta que albergaba el rosal de flores amarillas. Pensó que a ella le gustaría que aquella fuera su última morada. Antes de depositarla en el agujerito que había abierto escarbando la tierra con las manos, le pasó un dedo sobre la piel de brillantes lentejuelas de un intenso color naranja. Le gustó aquella sensación, aquel maravilloso tacto.

Esa tarde, nadie fue a buscar a Pablo y a Paula a la salida del colegio. Los niños estuvieron esperando en conserjería hasta que alguien decidió llamar por teléfono a su casa. Tampoco allí había nadie así que llamaron al trabajo de su padre. Pedro se presentó sudoroso y jadeante, pero sobre todo enfadado. No se le ocurrió pensar que a Isabel le podía haber pasado algo, que podía estar indispueta o haber sufrido un accidente. Subieron al coche y se pasó todo el trayecto hasta casa hablando mal de su mujer. De todos modos los niños no le hacían ni caso. Paula estaba entretenida sacándose los mocos y Pablo jugaba con los cromos de la liga de fútbol.

Cuando llegaron a casa solo encontraron silencio. La ropa de Isabel estaba en el sofá, amontonada. Pedro entró gritando, pidiendo explicaciones desde la puerta. Se calló de golpe cuando el silencio le golpeó con fuerza en la cara. Sus hijos lo miraban entre aburridos y molestos por aquellos gritos que no entendían. El chaval se puso a jugar con la play y la niña empezó a enganchar plastilina por los muebles. No estaba mamá y había que aprovechar para hacer lo que ella nunca les dejaba hacer. Sin ponerse de acuerdo los dos se entregaron a ello, a desobedecer en su ausencia.

Pedro buscó en las habitaciones. Miró en el armario y comprobó que allí estaban su bolso y su chaqueta. Las llaves de la casa descansaban en el caracol vacía bolsillos que había sobre el mueble del recibidor. En la pecera Moby boqueaba ajena a lo que estaba pasando. Si Pedro hubiese sido un poco observador se hubiera dado cuenta de que ahora era de un naranja más claro y un poco más pequeña.